

mas me acomoda; á los demas lo que opino mas saludable y útil; aquí prefiero la verdad como filósofo, allí el error como ciudadano." D'Alembert comenzaba su testamento: "En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Diderot educaba religiosamente á sus hijos, y repetía las palabras de su anciano padre: "Hijo mio, buena almohada es la de la razon; pero la cabeza descansa mas cómodamente todavía en la de la religion y las leyes." Hablaba con entusiasmo de la Divinidad, y á los que de ello se maravillaban decía: "Hablo segun mi inspiracion presente: soy ateo ó deista por semestre."

Estos últimos pasajes, que acabamos de citar, nos ponen de manifiesto, que los errores subversivos contra la religion y la moral, aun cuando envuelvan en sus torbellinos y arrastren á los hombres corrompidos, no tienen jamás fuerza bastante para convencer y resistir á la luz de la verdad y de la razon, por lo cual su fuerza puede compararse á la del huracan, cuya violencia tala los campos, derriba las casas, remueve el mar, pero cede y se aniquila al aparecer el sol. Y en esta oportunidad no queremos pasar por alto dos anécdotas históricas, que tienen mucha semejanza con las que hemos entresacado de César Cantú, y que pueden por lo tanto afirmar aun mas nuestro aserto. Felipe Melancthon, primero entre los reformistas luteranos, escribía á su madre: "Señora: me preguntais si la reforma es preferible al catolicismo, y yo os respondo, que es mejor atenerse á éste, porque se apoya en bases muy firmes y es muy autorizado, á pesar de que la reforma tiene cosas buenas." Y Enrique VIII de Inglaterra, que se hizo hereje por el anhelo de contraer sin cesar bodas nuevas, dijo á los que le rodeaban en su lecho de muerte: "Caballeros, lo hemos perdido todo; hemos perdido el honor y la bienaventuranza."

Pero, volviendo á nuestro argumento, diremos, para evitar la tacha de panegiristas indiscretos, que César Cantú no deja de tener lunares tanto en su Historia universal como en esta de Cien años. Su narracion á veces es demasiado concisa, sus opiniones políticas desiguales y sus juicios críticos, acerca de los grandes hombres, aventurados ó incompletos. Pero, en esta circunstancia, se debe tener presente el antiguo adagio latino tan repetido por los escolásticos: "Optimus ille est qui minimus urgetur;" la perfeccion absoluta es atributo de la Divinidad, y no fué concedida al hombre en este valle de miserias. Además, es de notar, que César Cantú en sus mismos defectos lleva siempre el timbre del genio y una especie de originalidad en sus ideas, que presta abundante materia para reflexiones muy profundas, y por lo tanto si alguna vez baja de la altura en que estaba colocado, su caída podemos compararla á la de César, que no pudiendo desviar los puñales asesinos, paga su tributo á la humana flaqueza, y cae en medio del senado, pero digna y noblemente envuelto en la romana toga. Entre la multitud de historiadores antiguos y modernos, César Cantú únicamente puede atribuirse á sí mismo esta gran sentencia de Federico Schiller: "Mi reino interminable es el pensamiento y mi ministro alado la palabra."

Acercas de la presente obra, nos contentaremos con advertir al lector, que la hemos traducido directamente del italiano, que nada hemos omitido ni alterado del original, y que hemos hecho los mayores esfuerzos para desempeñar concienzudamente esta tarea, pues en nuestros cálculos entra mas bien el amor de gloria que el de la ganancia material.

SALVADOR CONSTANZO.

## INTRODUCCION.

Todos los dias oimos manifestar el deseo de que, dejando la escageracion de los partidos, las abstracciones absolutas, la pueril manía de la novedad, las utopías estravagantes, los recelos de inminentes males, se entre en el ecsamen fiel de los hechos y de su encadenamiento, en la aplicacion moderadora, en la reflexion elevada, en la confianza activa, en la tolerancia de la verdad para que se efectúe aquella conciliacion de una subordinacion noble con una libertad disciplinada, conciliacion que ha de hacer que los hombres violentos cesen de buscar mejoras en la subversion; que los ineptos no se vanaglorien de un inmortal retraimiento; que los incautos no se dejen llevar por huecas palabras mas allá de las justas ecsigencias; que los desanimados no se resignen á aceptar todos los arbitrios creyéndolos necesarios á la tranquilidad; que ninguno admita, ni de arriba, ni de abajo, aquella especie de soberania que se pretende, ecsenta de cumplir las leyes de la justicia y de la razon.

A esto con dificultad y lentitud se llega cuando profundos desórdenes han ahuyentado la docilidad de los ánimos, la calma del raciocinio, la lucidez del buen sentido; pero pueden contribuir á ello los escritores que crean de su deber, no tanto atizar las pasiones, cuanto dirigirlas; no rebajar los sentimientos, sino elevarlos á nobles ideas; no enervar las voluntades, sino vigorizarlas para esa lucha generosa del pensamiento, que evita los combates brutales de la fuerza.

Y nosotros que veneramos como ley de la humanidad el progreso laborioso, sabemos que esto no destroza, sino consolida, no se contenta con negar, sino que obra, no destruye sino en cuanto es necesario para reconstruir. Importa, pues, ecsaminar lo que

ecsiste, con qué condiciones nació, cuáles fueron las de su duracion, cuáles son los motivos con que debe conservarse ó destruirse; importa conocer á nosotros mismos para proporcionar nuestras resoluciones á nuestras fuerzas; importa ecsaminar el camino andado para no tropezar siempre en los mismos obstáculos; importa por último, buscar en los hechos apoyos para las teorías, á fin de que la facultad mas distintiva del hombre no degenerare en necesidad de retóricos ó en charlatanería de sofistas.

Por esto, en la perseverante intencion que nos guia de preparar á la juventud italiana para tiempos de mas sinceridad, y de inspirarle el varonil amor de la libertad con el profundo sentimiento del deber, por esto le estamos hablando desde hace mucho tiempo el severo lenguaje de la historia, de esa representante del pensamiento bajo la forma de hechos, de esa depositaria de los oráculos del tiempo.

Y ahora que los sucesos diarios ocupan la atencion de todos los que leen, de todos los que discurren, de todos los que quieren contribuir á la regeneracion de la patria, con deseos á lo menos; si no con otra cosa; ahora que se agolpan acontecimientos, para aprovecharse de los cuales se requieren mas prudencia que impetuosidad, mas esperiencia que teorías abstractas, es sumamente deplorable verlos con frecuencia mal juzgados, con frecuencia tambien desconocidos, porque se las separa de sus precedentes. Por lo tanto, queremos repetir aquí para bien del mayor número, la pintura de la edad de nuestros padres y de la nuestra, con los sucesos, las doctrinas, los sentimientos de que los actuales sucesos, sentimientos y doctrinas se derivan. Que solo el hombre frívolo puede creer que

los trastornos sociales nacen de pequeños y súbitos accidentes. Cuando las vicisitudes humanas chocan al parecer con el buen sentido y con la justicia, y dejan solo en acción la fuerza y el capricho, el observador ligero, despedido ó desesperado, imputa á la fortuna aquellos sucesos de que no sabe dar ninguna esplicacion. Pero despues de haber alcanzado el fin á que se encaminan, se le reconoce en este coordinamiento que es la norma invisible de la sociedad, que se llama por unos fatalidad, por otros desarrollo natural, y por nosotros Providencia.

Así, el que no pretenda limitarse á referir los fenómenos y las anécdotas, debe en los acontecimientos históricos remontarse de uno á otro hasta su principio. Sin embargo, para nuestro objeto, que es facilitar la inteligencia y la esacta aparicion de los sucesos actuales, creemos que basta remontarnos á la mitad del siglo pasado, tiempo de pocos hechos, pero de gran movimiento de ideas, que en nuestra época han ejercido accion inmediata; tiempo en el cual se halla tambien la razon de muchas situaciones presentes.

Referir la historia contemporánea, una historia que dura todavía, y que procede con tal velocidad, que un año equivale á siglos, será motejado de presuncion; y por lo mismo, el que tema la desaprobacion no debe emprender esta tarea. Entre las opiniones apasionadas y noticias contradictorias, cuando ca-

da cual las ve de diferente manera; cuando cada persona juzga segun sus creencias, su educacion, su posicion, sus sentimientos, sus intereses particulares; cuando todos tenemos causas actuales de odio ó de amor, ¿seria posible conocer la verdad absoluta? Forzoso es por lo mismo contentarse con la relativa; y el narrador, persuadido de que será desmentido en muchos puntos y acusados de culpas opuestas, y de que no podrá parecer á nadie imparcial, debe hacer de modo que los leales (contra los que no lo son no hay defensa) confiesen que si se engañó, á lo menos no tuvo intencion de engañar; que fué sincero, si bien no sea ni quiera mostrarse indiferente.

Y nosotros, espertos en las amargas reservadas á los que, no sirviendo á ninguna faccion, de ninguna callan el mérito y las culpas, y por lo mismo de todas ellas son el blanco, nos preparamos á describir esta edad triste y magnífica con el propósito de revelar la verdad que contiene, con la firme resolucion de no desfigurarla, ni por mandato de déspotas, ni por intolerancia (muchas veces mas tiránica) de partidos, ni por gritos de pasiones. El que considera los sucesos desde un punto de vista mas elevado que el de los intereses de partido ó las inclinaciones del momento, no falsea un principio por una circunstancia; no se deja ofuscar por las preocupaciones del día, y salva la verdad general, aun entre los errores particulares.

## EUROPA A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII.

LA paz de Utrecht (1713), que terminó la larga guerra de toda Europa por la sucesion al trono de España que se disputaron los Borbones y los austriacos, puede decirse que comenzó la revolucion; pues desentendiéndose de toda idea de moral, de todo respeto á la autoridad, de toda fé tradicional, reconstruyó la Europa con arreglo á las ideas absolutas, las cuales, introducidas entonces en beneficio esclusivo de los príncipes, vinieron á servir luego á la ciencia de los literatos, despues á los caprichos de los necios, y esperamos que sirvan alguna vez para utilidad de los pueblos.

Aquella paz no introdujo en el derecho público ningun principio nuevo; sin embargo, puede decirse que completó el sistema europeo tal como dura y domina hasta ahora, y todos los tratados sucesivos se refirieron á ella, porque el conservarla, importaba á aquellos en cuyo provecho se habia combinado. Mas que á ninguno importaba á Inglaterra, cuya grandeza estaba en ella apoyada, así como en el tratado de Westfalia (1648) la grandeza de Francia; la dinastía protestante, entonces reconocida, la miraba como su salvaguardia, y fundaba el equilibrio europeo en sus buenas relaciones con el Austria. In-

glaterra, árbitra del mar por los tratados, podía dar curso á aquella ambicion que es una necesidad para ella, obligada como está á ser déspota del Océano para no ser turbada en su propio recinto. Regida por ilustres personajes con robusto egoismo nacional, aumentó extraordinariamente su comercio y su industria; la primera en conocer la magia del crédito, innaccesible por su posicion á los enemigos; desarrollado el espíritu público por las leyes, no aspiraba á conquistas en el continente; pero abatia á todo el que pretendia ser el primero entre nosotros; viéndose amenazada en sus posesiones trasatlánticas, movió la Europa para distraer la atencion, y sació entretanto la sed de oro en la India, donde encontró la compensacion de las colonias americanas, que sustrayéndose de su dominacion formaron otra Inglaterra.

El emperador de Alemania, como señor de los Países Bajos, debía estar unido á aquella potencia. El Portugal, por tenerla como aliada en la guerra, arruinó su propio comercio en provecho del inglés en el tratado de Mathuen [1703], obligándose á recibir los tejidos de lana para que sus vinos entrasen en Inglaterra pagando una tercera parte menos de lo que pagaban los vinos de Francia. A la Saboya y á los príncipes de Alemania, la Inglaterra los ganó por medio de subsidios, para lo cual le ofrecia facilidad el sistema de empréstitos, sistema nuevo, pero ya en sus manos eficacísimo.

La Holanda, nacion que el patriotismo y la constancia improvisaron, y que sacudiendo el yugo español y resistiendo á Luis XIV habia llegado á ser rival de Inglaterra, sentia entonces cuanto le habia costado el mezclarse en los litigios de las grandes potencias: con la paz firmó su decadencia propia; renunciando á tener respetables fuerzas militares decayó en la opinion, y no quedó ni bastante fuerte para mandar, ni bastante oscurificada para desarmar la envidia.

La Alemania comprendia los dos Estados mas guerreros, veia á sus príncipes entados en muchos tronos de Europa; ¿pero aumentó su importancia? No, porque le faltaba la mancomunidad de intereses y una constitucion bien determinada.

La política, del mismo modo que habia elevado la Saboya para hacer frente á la Francia, elevó contra Austria la Prusia, cuya grandeza artificial aumentaron una serie de ilustres capitanes, y que con las fuerzas morales é intelectuales, suplía lo que le faltaba en fuerza numérica y compacta.

La Rusia, habiendo consumado su revolucion en el siglo precedente á la par que Inglaterra, podia estar á la expectativa y fortalecerse, y prefiriendo la civilizacion agena á su original desarrollo, creció en poder y en influencia.

La Francia, que hasta entonces pomposamente habia dirigido la política, hallóse reducida á ocupar un lugar secundario, aunque dominando en ambos lados de los Piri-

neos. Pero el incremento intelectual le presió nuevo influjo; y si en el siglo anterior, en punto á obras maestras, se habia puesto al nivel de los tiempos de Pericles y de Augusto, á la sazón difundia sus ideas por toda Europa, y las proclamaba en públicas plazas. A esta difusion de doctrina, se asociaba sin embargo, la depravacion moral; las clases medias eran buenas, las altas pésimas; la razon de los particulares se adelantaba considerablemente á la del gobierno; de aquí el ningun deslinde de los poderes, lo vacilante de la administracion interior, la debilidad de la accion exterior.

La Polonia se obstinaba en no trasformarse, esto es, en no progresar, hasta que fué conquistada sin haber combatido. La Suiza conservaba el espíritu militar, mas para el servicio de otro, con lo cual ganaba dinero y perdia crédito. En Italia los extranjeros no dominaban mas que la Lombardía, y procuraban reformar esta pingüe colonia; cuarenta y ocho años de paz le proporcionaron doctrina y riqueza; pero los hombres cuando no abrigan grandes temores ni grandes esperanzas ó vivas pasiones, se debilitan; y en los príncipes se observa mas copia de buena voluntad que disposiciones estables y sólidas.

De los intereses y sentimientos del mayor número no hicieron caso las grandes potencias que impusieron á Europa la paz de Utrecht, de lo cual se lamentaban los sacrificados. La dinastía protestante, asegurada en Inglaterra, ofendia la fé de los católicos todos y la lealtad de los legitimistas. La barera de fortificaciones entre la Francia y los Países Bajos, conservada á espensas de Austria, no servia mas que de motivo de agravio para ésta, y de dificultades para las tres potencias. La separacion perpetua de las dos coronas de Francia y España, convenia á la política; pero habia obligado á cambiar el orden de sucesion. El repartimiento de la herencia española entre Austria y Francia, no siendo de ningun provecho á los neutrales, desagradaba al mismo tiempo á las dos partes interesadas; y Carlos VI, cabeza de la casa de Austria, consideraba como usurpadas á él las coronas que ceñia Felipe V, entendiendo sus rencores á Francia y á las potencias marítimas. Tal política, toda artificial é impudente, debía carecer de estabilidad, porque carecia de ideas; y nuevas intrigas de gabinete y ambiciones de familia trastornaron la Europa.

A la cabeza de aquella confusa multitud de pequeños Estados que se titulaban el Sacro Romano Imperio, se hallaba hacia algun tiempo la casa de Austria, la cual poseia en propiedad la Hungría, la Bohemia y el archiducado de que tomaba el título; con la paz de Utrecht habia adquirido á Milan, Mántua, la Cerdeña y los Países Bajos; y con la de Pessarowitz el banato de Temeswar, Belgrado y la Servia: en todo veinticinco millones de súbditos y setenta y cinco millones de escudos de renta. Pero tales aumentos solo son conve-

mientes cuando es buena la administracion: en caso diverso no sirven sino para presentar mas puntos de ataque al enemigo. Perdida la union de familia con España, el Austria permaneció mas bien pasiva que activa: atenta á conservar sus estados y aprovechar las ocasiones de aumentarlos, contrabalanceando el poder de las otras naciones, pero sin imprimir movimiento alguno.

Disminuyeron su influjo la política estrecha de Carlos y su condescendencia para con los príncipes, que queria tener favorables á la *pragmática sancion*, que así se llamó un estatuto por el cual, derogando la costumbre, determinó que no habiendo varones pudiese sucederle una hija en los estados hereditarios. Por su desgracia ó por su culpa, estuvo en guerras continuas; y habiendo encontrado á la Austria en camino de nueva grandeza, la dejó sin vigor y sin fuerzas. No estimando sino á los españoles, llamaba groseros á los tudescos, dando grande importancia á las mas insignificantes ceremonias, y ocupándose como en cosas de mucha entidad en descubrir los secretos domésticos, ó en cazar, ó en otras frivolidades. Entretanto abandonaba las riendas del Estado á los ministros, aunque como todos los débiles, procuraba no mostrarse dominado por ellos. Movido tambien de particular codicia, permitía que la diplomacia extranjera promoviese el logro de sus intentos por medio del dinero; en vez de hacerse los arrendamientos de las rentas en las demarcaciones respectivas, los aspirantes iban á la corte y ofreciendo un regalo al emperador, obtenian con condiciones ventajosas el monopolio del cobro de los tributos, ó cualesquiera otros derechos de los que podian comprarse. Descontento de los ministros, vendido por los empleados subalternos, humillado ante las potencias marítimas, vió arrebatada al imperio y á su propio yerno la Lorena; cedió parte del Milanésado y el resto de Italia; consumió el erario y el ejército; pero qué le importaba con tal que viese aceptada la *pragmática sancion*?

En los veintisiete años de su reinado, la política de Austria no tuvo mas objeto que el de asegurar la sucesion en las posesiones austriacas á su hija María Teresa. El rey de España, el primero, despues la Rusia, la Dinamarca, los electores de Baviera y de Colonia, la Gran Bretaña, los Estados generales, el imperio, y por último hasta Luis XV se la garantizaron; pero cuando de esto se gloriaba, el príncipe Eugenio de Saboya le respondió: *Mas valdrian doscientas mil bayonetas*: respuesta de soldado; pero exacta (ya que con el voto de los pueblos no se contaba), pues que en realidad deberia haber preparado para su hija un buen ejército y un tesoro bien provisto con que hacer valer sus razones cualesquiera que fuesen. No habiéndolo hecho, apenas cerró los ojos (1740), surgió una multitud de pretendientes á aquel

patrimonio que con tan perseverantes artificios el Austria habia acumulado.

Proclamóse María Teresa soberana de los Estados hereditarios, y proclamó co-regente á su marido Francisco de Lorena; pero necesitaba conquistar su reino, y solo contaba con cien mil florines en caja, y treinta y seis mil soldados, ademas de la guarniciones de Italia y de los Países Bajos, teniendo por otra parte hambrienta la capital, mientras de todos lados salian enemigos. Así estalló la guerra de sucesion austriaca que formó ó descubrió la grandeza de Prusia.

Es una maravilla del poder del hombre la formacion de este reino, constituido, no con los vínculos del idioma y de la raza, sino con los de la guerra y la política. En tiempo de la reforma religiosa, Alberto de Brandeburgo, dependiente de la Polonia en parte, y en parte del orden Teutónico, de que era gran maestro, se secularizó é introdujo en su país el protestantismo; como gefes del cual, sus sucesores aumentaron sus posesiones en Alemania despues de la paz de Westfalia. El tratado de Welau (1657) reconoció á la Prusia como Estado independiente; Federico I (1701) se tituló rey; sus sucesores se proveyeron de buenos ejércitos, y merced á ellos crecieron en importancia y en dominios, y llegaron á rivalizar con la casa de Austria. Federico II, deseoso de humillarla á la sazón en que tenia por gefe una niña, le declaró una guerra que fué desastrosísima para los pueblos de Alemania y de Italia, hasta que tuvo efecto la paz de Aquisgram (1748).

Restituidos los prisioneros y las conquistas hechas en Europa y en las Indias, la Francia devolvió á D. Felipe de España los ducados de Parma, Plasencia y Guastala; se confirmó al rey de Cerdeña en las posesiones nuevamente adquiridas de Vigevano, parte del Pavésano y el condado de Anguera cedidos por María Teresa en el tratado de Worms (1743), dándole el Tesino por fronteras desde el lago Mayor hasta el Po; y el Finale quedó por los genoveses, que lo mismo que el duque de Módena fueron reintegrados en sus antiguos derechos.

La Inglaterra, que por mantener el equilibrio pagaba subsidios al Austria y hasta á la Rusia, tuvo la direccion de la guerra y fué árbitra de la paz, persuadiendo al mundo de que esta era necesaria; calculadas debidamente sus propias fuerzas, conoció que Francia no podia igualarla en marina ni en tesoro, ni ella rivalizar con Francia en ejércitos de tierra. Los fuertes se convencieron de que podian hacerse daño; pero no destruirse, y de que solo en último extremo debia acudirse á la razon de la espada.

A apoyado en ella se lanzó Federico á la guerra que se llamó de Siete Años, y que á causa del Canadá revolvió toda la Europa; varióse entonces el sistema de alianzas, de modo que Francia, que en su política exterior habia sido siempre enemiga de Austria, aceptó la alianza de esta nacion, la cual por su

parte, ansiosa de humillar á Federico, coligió contra él á los sajones, á los suecos, á toda Alemania y á la todavía bárbara Rusia. Pero Federico triunfó, y finalmente la paz de Paris [1763] recompuso las cosas.

Siete años de estragos habian dejado á Europa como estaba antes: solamente Inglaterra, ademas de lo que adquirió en América, consiguió su objeto de debilitar á Francia, la cual no obstante su propia fortaleza y la que le daban tantos aliados, perdió el continente americano y firmó la paz mas oprobiosa. La Prusia, que al parecer debia haber sucumbido bajo el peso de toda Europa conjurada contra ella, no perdió ni un palmo de terreno; engrandecida en la opinion, fué clasificada entre las potencias principales, que desde entonces fueron cinco en vez de cuatro. Austria, que queria la Silesia, se quedó con el deseo.

#### GRAN BRETAÑA.—ERA GEORGIANA.

El mediodía de la Europa declinaba; elevábase el septentrion; y la Inglaterra, puesta á la cabeza de la política de aquel tiempo, ajustaba las paces, estipendiaba las guerras. Por una feliz combinacion de circunstancias habia adquirido una constitucion, en la cual se armonizaban para una accion comun los tres elementos que de otro modo se contrastan recíprocamente. El rey, no absoluto, pero tampoco impotente, representaba la unidad del Estado y dilataba su territorio y su poder; los nobles, aristocracia previsora y diestra, fundaron la libertad del país y le dotaron de espíritu reflexivo y de constancia en sus designios; los comunes, clase emancipada por la riqueza y admitida hacia poco en los consejos nacionales, con el celo por conservar sus derechos, y con inteligencia de sus intereses, adquirieron un amor orgulloso y desinteresado á su patria, en cuya legislacion y en cuyos negocios tomaban parte. Las pasadas revoluciones habian dado su complemento al gobierno parlamentario cuando ninguno otro país lo poseia; y era grato fijar las miradas en él y ver inmóviles la constitucion y las leyes, sometidos los funcionarios al juicio de la publicidad, responsables los ministros bajo la direccion, poco mas que aparente, de un gefe inviolable.

El aumento en Europa de lujo, de la aficion á los placeres y del espíritu mercantil, era favorable á la preponderancia política de la Gran Bretaña, y los reyes, que en sus necesidades siempre crecientes solian recurrir á Holanda como al gran banco, acudian ya á Inglaterra. Situada en posicion tan ventajosa que ni tenia que temer ataques imprevistos, ni que disputar por fronteras, gozaba de una libertad bastante templada para no convertirse en revoltosa, asaz activa para dar impulso al país y tener á la Europa atenta á lo que pasaba en aquellos parlamentos, de donde salian ideas liberales y de orden desconocidas en otras partes. Por esto era

HISTORIA.—2.

la admiracion de todos los hombres de Estado, mientras su constitucion misma la impulsaba a estenderse para subsistir, y le daba por unidad de accion el producir riquezas y proporcionarse mercados, adquiriendo así una especie de heroismo mercantil.

Sus dos partidos, lejos de despedazar al país, eran el alma que lo alentaba: el whig, custodiando la libertad, el tory, el orden; aquel impulsando el movimiento, éste templándolo. Cuando la *buena reina* Ana dejó el trono á Jorge, elector de Hannover (1714), los dos partidos cambiaron al parecer de posicion, y los whigs, por apoyar la dinastía protestante, se hicieron realistas, pasando á la oposicion los torys para combatir á una dinastía que debia su origen á una insurreccion.

Bajo el cetro de reyes ineptos ó viciosos sobresalieron los ministros, entre los cuales el mas nombrado fué Roberto Walpole. Este hombre político, que menospreciaba á la humanidad, sin escrúpulo en los medios, audaz hasta la insolencia, se propuso por objeto de su política la consolidacion de la casa de Hannover, y por medios la paz de Europa y la alianza francesa. El conservó la paz, única cosa que podia salvar á Inglaterra, y la mantuvo á pesar de la inclinacion del rey, de las declamaciones del vulgo, de la impaciencia francesa, de la tortuosidad española, de la ambicion austriaca y del naciente poder de Prusia. Para sostenerse en el mando no temió ejecutar actos contradictorios: prudente á veces, y á veces temerarios; suave, insinuante, y sin embargo vigoroso en las precisas ocasiones; nada literato, poco versado en la historia; grosero en los modales, corrompido en las costumbres, ligado con los agiotistas, poseia espíritu práctico y conocimiento de los hombres, de la corte y de su nacion. Separábase tambien de sus partidarios cuando podian contrabalancear su poder; no queria émulos, mas bien queria enemigos; fué el primero que conservó veinte años la direccion de los negocios con el apoyo de la mayoría de las cámaras; fascinaba á la de los comunes con la palabra, y á la nacion con proyectos de ganancia; y se jactaba de saber el precio de cada inglés, porque ninguno habia cuyo voto no hubiese comprado. Tal sistema de corrupcion, que se vitupera en Walpole, era quizá necesario cuando la mayor parte de los miembros del parlamento no tenían otra razon para sostener al gobierno mas que sus intereses personales. Walpole hizo, pues, lo que las circunstancias exigian, y lo hizo bien; tanto, que bajo el cetro de reyes nulos ó viciosos organizó la paz, ordenó la guerra, y logró el doble objeto de consolidar las instituciones inglesas con la dinastía hannoveriana, y de estender la influencia de las clases medias, aumentando su riqueza con una hábil administracion.

Aunque la revolucion habia hecho responsable al poder ejecutivo, no habia responsabilidad para la cámara, dominada por unos